

CIEN AÑOS DE JUVENTUD

QUE fácil parece tener cien años, así, tan simplemente, sentada al lado de la ventana, al caer la tarde entre los plátanos de una ruidosa calle montevideana y sentirse aislada de ese ruido por los recuerdos; así vestida de gris con el collar de perlas, y el pelo recogido con coquetería y las uñas pintadas de color rosa fuerte, esas manos tersas que surgen y se ocultan con un viejo gesto femenino en el manchón de zorros...

Me siento frente a ella y antes de que pueda enhebrar un diálogo coherente, antes de dominar una curiosa sensación de que no debo contemplarla como si fuera una pieza de museo, ella me mira y sonriente, no sé cómo, exclama: "Yo no soy vieja, detesto la gente vieja, me aburren y me deprimen las viejas. Además, por qué se empeñan en hacernos aparecer encorvadas y hablando en falsete en el teatro? Yo cuanto más vieja soy, más coqueta; y no creo que jamás acabe hablando en falsete". Las tres hijas se ríen, yo también. Doña Luisa Villarnobo de Castellanos tiene hoy 102 años y un sentido del humor tan formidable como su salud, como su inalterable belleza.

Un retrato de hace ochenta y cinco años la muestra con el pelo recogido en un moño, la garganta opulenta descubierta por el escote del vestido de baile de enhiesto polizón. No han cambiado esos ojos negros de mirada maligna. En esos tiempos, Luisa Villarnobo iba a la cazuela del teatro San Felipe y Santiago o al Cíbils, "porque era más divertida la cazuela que los palcos, — dice. Allí nos reuníamos toda la "muchachada" (que palabra antigua, ahora cómo se dice? La "barra"? Los nuevaolistas?) Me acuerdo de cuando le pegaron el tiro a Santos. Cantaban "La Traviata", estábamos en el entreacto. Yo miré para abajo y vi entrar a los militares muy pálidos y Santos no aparecía en el palco. Entonces dije: Zas! Lo acababan de matar a Santos! Y fué así, nomás. Nos podían haber devuelto la entrada, porque la función se suspendió, qué lástima!"

De golpe me doy cuenta de que cien años es muchísimo. Una barbaridad. Un libro, no; una estantería completa de libros de historia patria. Latorre... "Era un tipo curioso, Latorre, Los blancos lo querían, sabe? Los blancos lo querían a Latorre". Aparición Saravia... "Ah, que simpático, que elegante, qué buen mozo...". Es necesario añadir que Doña Luisa Villarnobo de Castellanos es blanca hasta la médula? "Me casé con un colorado — dice con firmeza. Pero jamás cambié de idea. Cuando llegaban las elecciones discutíamos muchísimo; luego, nos respetábamos nuestras opiniones. Castellanos votaba a los colorados, yo a los blancos". De golpe me doy cuen-



—Sí, recuerdo bien los tiempos de Latorre...

ta que además de los personajes históricos que se acumulan desordenadamente en la memoria, hay un Montevideo de grabado, inmóvil en la leyenda y que en las palabras y en el gracejo de esta dama vestida de gris, comienza a tener vida, a hacerse real, inmediato, contemporáneo. "Nos bañábamos en la calle Cuareim..." Cómo? No era muy duro? "Había playa, había arena... Nos bañábamos también donde ahora está el ferrocarril, la estación..." Parpadeo, reconstruyo de apuro la "maquette" de ese Montevideo que se halla en el Cabildo, en el museo del segundo piso, allí entre los pergaminos y las medallas, los daguerrotipos y los muebles de caoba... "Me acuerdo de los candombes. Eran tan animados, tan llenos de color! Eran fiestas espléndidas, los negros sabían divertirse, no dejaban ir a los blancos..." Y entonces, ella? "Yo tenía cinco años y la niñera de mi hermana, que era negra, nos llevaba. El rey tenía una corona de oro... Y bailaba así..." Todos los cuadros de Figari, de repente, puestos en danza, salidos de sus marcos dorados. "Yo me divertía muchísimo; había tantas tertulias, tantos bailes... Montevideo era tan lindo... No ahora, que nadie se conoce..." Claro aun, que la señorita de Villarnobo no podía ir más allá de la calle Ejido, so pena de estropear para siempre sus botitas de cabritilla entre los cardos y las piedras; además qué tenía que hacer una señorita en el campo, fuera de la ciudad? Acá terminaba Montevideo, en el Cordón, y empezaba la república... Montevideo, pues, era una

pequeña ciudad donde la gente en coche o a pie, se saludaban ceremoniosamente... No puede ser, no puede ser en cien años Montevideo no puede haber cambiado tanto; de otro modo esta señora vestida de gris no hablaría con tanta calma y esta gracia tan fresca, tan de ahora... "Soy un fenómeno — dice muy tranquilamente Doña Luisa. Me doy cuenta de ello. Jamás he estado enferma, no sé lo que es un dolor de cabeza. Me doy una ducha todas las mañanas!". Ahora las hijas interrumpen, cada una de las tres aportando un dato a cual más asombroso: no ha tomado jamás una aspirina, no tiene reumatismo, ni presión alta, ni dada por el estilo. Come de todo, duerme diez horas, juega a la canasta y al purrete, hasta hace poco iba al Estadio todos los domingos a "hinchar" por Nacional, su club favorito; sale todos los días, va al cine, escucha música, se hace leer los diarios, sobre todo la política "aunque los oradores de ahora no son los de antes..." Me siento abrumada y de trescientos años. "El otro día — sigue diciendo como si tal cosa — se me acercó una señora y ésta — señala a la culpable — va y le dice que yo cumplía 102 años. Se da cuenta? La señora me dió un beso, emocionada, pero si no hubiera sido por ésta — y vuelve a señalar a la indiscreta — yo hubiera podido pasar muy bien por tener ochenta años solamente!"

Esta tarde, toda la familia — cinco generaciones — irán a festejar su cumpleaños. "Venga a tomar una copita conmigo" me invita la mujer más joven de Montevideo.